

El lenguaje también es mensaje

Fernando Torre, msps.

«¿Por qué no logro que mis ideas sean captadas por los demás?» «Si muchas veces les he dicho *esto* a mis hijos / alumnos / feligreses, ¿por qué no surte efecto?» Preguntas como éstas nos hacemos quienes nos servimos de la palabra como medio de comunicación.

Profesores, catequistas, locutores, padres de familia buscamos transmitir nuestras ideas por medio de palabras. Dedicamos mucho tiempo a pensar en los contenidos que queremos difundir, pero con frecuencia olvidamos que, en la comunicación, tan importante como el mensaje son el lenguaje que utilizamos y la manera de decirlo. Más aún, el lenguaje también es mensaje.

Para que un discurso sea bien recibido, debe ser expresado en términos comprensibles para los destinatarios, con imágenes o ejemplos conocidos y usando comparaciones que les sean familiares, como lo hizo Jesús de Nazaret. Esto vale tanto para un mensaje oral como para uno escrito.

Pero en la palabra hablada, además del lenguaje verbal, interviene en gran medida el lenguaje no-verbal. Mucho comunicamos con el tono de voz, el volumen y la velocidad con que hablamos. La postura, los movimientos, la mímica son medios de expresión. Una sonrisa, un silencio o un gesto pueden ser más elocuentes que la palabra misma. Para captar la atención de los oyentes es fundamental la mirada: mantener contacto visual con el auditorio, con cada persona. Con el lenguaje no-verbal podemos reforzar o contradecir nuestras palabras.

En la comunicación, las actitudes también son esenciales. Una actitud amable y sencilla ayuda a que las ideas sean acogidas; mientras que una persona prepotente o arrogante hace que su mensaje sea rechazado.

La comunicación surtirá su máximo efecto, si quien habla cree de veras en lo que dice y, más aún, si vive lo que predica.